

La ecología humana

Pedro Morandé

SÍNTESIS DE LA EXPOSICIÓN A LA COMISIÓN DE MEDIO AMBIENTE
REALIZADA EL 11 DE MARZO DE 1992

El problema de la contaminación ambiental se inscribe en el ámbito de la sociología de la cultura. El hombre no debe ser el sujeto de referencia de la contaminación; ésta es intrínseca a la cultura humana. Todos los hombres contaminan, por lo que la contaminación no puede ser resuelta, sólo puede ser manejada. En la última encíclica de la Iglesia Católica, se habla de una «ecología humana», de una ecología del trabajo humano.

¿Cuáles son los elementos sustantivos de una ecología humana?

En primer lugar, el hombre debe ganarse la vida, y la finalidad de esta actividad es la «sobrevivencia».

En segundo lugar, la vida debe tener un sentido; el hombre debe darle un sentido a su vida; en otras palabras, debe preguntarse por qué vale la pena sobrevivir; cómo se gasta la vida, en qué se «dilapida» la vida del hombre.

En tercer lugar, la «cultura», que representa la búsqueda del hombre entre sobrevivir y «gastar»; la tensión entre vivir y entregar la vida.

En cuanto a esto último, en la cultura actual aparece como «ético» sólo la sobrevivencia; lo valórico radicaría exclusivamente en sobrevivir. Sin embargo, esto no bastaría, no parece suficiente, pues también hay valores en el ámbito de la «dilapidación». Es necesario ir más allá de la sobrevivencia, pues ésta no es el resorte último de lo ético; la vida no es lo más alto en los valores; los valores más altos pueden estar en la «verdad» o en la «libertad».

La trampa actual consiste en que «sobrevivencia» y «cali-

dad de vida» se han confundido en una sola variable, pues la «calidad de vida» es considerada como más cantidad de la variable que conforma la sobrevivencia.

En realidad, «la calidad de vida» es la respuesta a la pregunta de ¿en qué se gasta la vida? No es el problema de la sobrevivencia. Pero ambas variables interactúan.

La base de la continuidad ecológica en las sociedades no puede ser el horizonte de la vida humana individual; debe ser la sobrevivencia de la cultura a nivel transgeneracional. La noción de «gasto» no es exclusiva de los sectores sociales altos o de los países que tienen mayores recursos económicos. Es una noción muy enraizada en los sectores populares y también en las sociedades arcaicas. En consecuencia, hay una responsabilidad colectiva.

En tales condiciones, el tema de la relación entre estándares para evitar la contaminación o disminuirla y los valores debe ser planteado tanto en términos éticos como científicos. Ambos son necesarios y el equilibrio que debe existir entre tales términos es una respuesta social valórica.

Así, el problema de la sobrevivencia es el de la cantidad de vida; esto conduce a la respuesta técnica, no a la respuesta cultural, a pesar de que se quiere hacer aparecer a la primera como esta última. La respuesta cultural llega cuando nos preguntamos por la «calidad de vida». En la tradición cristiana, por ejemplo, hay valores superiores a la vida (amor, caridad).

Se puede decir que la degradación social precede a la degradación del medio ambiente. Desde la perspectiva de la sobrevivencia no existe verdadera preocupación por las generaciones futuras; el horizonte temporal en que el hombre se preocupa de las restantes generaciones no excede de tres en general.

Sin embargo, dado que el hombre tiene cultura, se hace la pregunta acerca de la sobrevivencia de las generaciones futuras. Por ello las culturas arcaicas rendían culto a los muertos; la preocupación por los muertos enseña a preocuparse por las generaciones futuras. El ser humano vive inmerso en una dimensión cultural que le permite preguntarse cómo vivo para que mis descendientes vivan; existe entonces una preocupación calificada por los descendientes. Por ende, el hombre también limita o regula su crecimiento en aras de las generaciones posteriores, demostrando de paso que la dimensión cultural también tiene una eficacia inmediata, y que ésta no es exclusiva de la dimensión técnica.